· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

LA CUENTA ATRÁS

DESTINO

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

LA CUENTA ATRÁS

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

Un proyecto de Cuca Canals

© del texto: Paula Vidal, 2018
© de las ilustraciones de cubierta: Eva Sánchez Gómez, 2018
© de las ilustraciones de los inventos en el interior: Paco Porres, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-08-18039-5
Depósito legal: B. 26.031-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar con Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

UN NUEVO INVENTO. JUEGOS ENTRE CHARCOS

Parecía que el día de descanso no fuera a llegar nunca. Cuando se despertó, Huan no podía creerse su suerte al no tener que soportar otra interminable jornada de colegio; esos últimos días estaban siendo especialmente duros para él: no solo lo pasaba mal en la calle, con el sicario acechándolo en todo momento, sino ahora también en la escuela, desde que a Claude Mathieu se le

había metido entre ceja y ceja que era un mal alumno y que debía ser castigado. Se encontró soñando con un futuro en el que la semana concluyera con dos días de fiesta enteros, durante los cuales, los niños no tuvieran que acudir a clase a estudiar, sino que dispusieran de tiempo libre para hacer lo que quisieran.

Los aventureros del siglo XXI decidieron que la mejor manera de distraer a Huan de sus problemas era aprovechar que no tenían que ir a clase para hacer una visita al Asilo de la Caridad, donde Marie trabajaba en todos sus ratos libres. Jules había ideado un nuevo invento para los ancianos del asilo, y los chicos tenían muchas ganas de ver cómo reaccionaban ante el artilugio y si les resultaba lo suficientemente útil.

Se reunieron, puntualmente, frente a la trastienda de los padres de Huan (o, dicho de otro modo, frente a la sede de Los aventureros del siglo XXI, lugar donde habían nacido buena parte de los extravagantes inventos de Jules Verne). En ese momento, el chico llevaba entre los brazos una caja que contenía el nuevo artilugio: los demás todavía no sabían de qué se trataba.

—¡Feliz domingo! —saludó a sus amigos dejando la caja en el suelo para descansar un poco.

Caroline y Marie sonrieron animadamente; la sonrisa de Huan, en cambio, fue algo más mustia. Todos se percataron de que seguía muy alicaído y trataron de animarlo como pudieron:

—Venga, Huan, un día entero por delante; ¡no hay colegio ni reglas de madera!

—Mathieu me ha doblado el castigo por no haberme quejado mientras me pegaba —les comunicó él amargamente—. Durante toda la semana que viene voy a tener que ir a la sala de las reglas de madera después de clase, y ya sabéis lo que eso significa.

Los demás se indignaron:

—¡Es injusto!

—Y todo por un borrón de tinta que no habrías hecho si Mathieu no te hubiera dado un codazo...

—Mejor no pienses en ello ahora —le aconsejó Caroline—: Mathieu te amargará la semana, ¡pero no puede amargarte también el domingo!

Los demás asintieron, y Huan, más por cambiar de tema que porque se sintiera realmente mejor, trató de poner buena cara.

—¿Qué hay en la caja, Jules? —inquirió entonces—. ¿Nos lo vas a contar por fin?

—Por supuesto —respondió el interpelado sintiéndose, como siempre que mostraba un nuevo invento, orgulloso de sí mismo—. He construido un aparato que ayudará a los ancianos a subirse los calcetines, puesto que todos hemos visto con nuestros propios ojos que a la mayoría de ellos les supone un gran esfuerzo agacharse para hacerlo. Os lo mostraré.

Pero justo en el momento en el que Jules iba a abrir la caja de madera para enseñarles el contenido a sus amigos, empezaron a caer gruesas gotas del cielo, que en los últimos minutos se había ido encapotando. De repente, parecía de noche, soplaba una fuerte brisa y empezaba a llover con fuerza. Ninguno de los aventureros se había preparado para un día lluvioso, puesto que el cielo había amanecido sereno y sin nubes.

—¡Rápido, al asilo! —exclamó Jules, abandonando enseguida la idea de mostrarles el invento.

Ansiosos por encontrar refugio en su interior, comenzaron a correr hacia allí, teniendo cuidado de no resbalar por el pavimento mojado. Caroline estaba muy preocupada por su pelo, porque se había hecho un difícil recogido alrededor de la cabeza a base de trenzas y horquillas, y con la lluvia se le estaba estropeando. Ma-

rie se dio cuenta de que su amiga se intentaba tapar el peinado con ambas manos mientras corrían y se rio por lo bajines: para ella, en cambio, el cabello era la menor de sus preocupaciones. Lo llevaba siempre corto y de cualquier modo, como si fuera un chico; era mucho más cómodo y podía dedicar su tiempo a cosas más útiles y provechosas.

Cuando por fin llegaron al asilo, un par de monjas salieron a recibirlos y les dieron toallas para que se secaran y chocolate caliente para que entraran en calor. Los jóvenes agradecieron enormemente la bondad y gentileza de las monjas, y una vez se hubieron repuesto del chaparrón que les había caído encima, se sintieron con ganas de mostrar el invento a los ancianos y a sus cuidadoras.

—Servirá sobre todo de ayuda para los que tienen menor movilidad —les explicó Jules a las monjas, que lo escuchaban atentamente.

A su lado, Marie también miraba embelesada a Jules. Una de las facetas que más le gustaba de su amigo era la de querer ayudar siempre a los demás con inventos que mejoraran sus existencias, especialmente cuando se trataba de aumentar la calidad de vida de los ancianos

del Asilo de la Caridad. Caroline se dio cuenta de la alegría de la chica y entrecerró los ojos sintiéndose un tanto celosa, temerosa de que Jules ideara todos esos inventos solo para agradar a Marie. Rápidamente, se sacudió esos malos pensamientos de la cabeza sintiéndose culpable: Jules era una persona honesta y responsable, y si ayudaba a los ancianos no era para impresionar a nadie (o, al menos, esa no era la principal motivación), sino para hacerlos prosperar.

Como siempre que acudían al asilo, se había ido formando un corro de gente alrededor de Jules Verne: los ancianos ya sabían que ese chico extraordinario no solía llegar con los brazos vacíos.

—¿Qué nos has traído hoy? —inquirió una mujer de pelo canoso, labios enormes y espalda encorvada.

—¡Ahora veréis! —exclamó Jules contento—. ¿Algún voluntario? Necesito a alguien que tenga problemas de movilidad.

Durante unos segundos se hizo el silencio: los ancianos se miraban entre ellos, indecisos y un tanto recelosos. Aunque sabían que los inventos de ese chico de mirada brillante y soñadora solían funcionar, ninguno quería hacer de conejillo de indias por si acaso.

De repente, uno de los ancianos rompió el silencio:

—Yo lo probaré —sentenció mientras se acercaba lentamente y con la espalda encorvada hacia Jules Verne y sus amigos.

Los chicos le sonrieron cálidamente y el anciano les devolvió la sonrisa. Marie lo conocía desde hacía tiempo: se llamaba Guillaume, tenía más de noventa años, y aunque le costaba moverse, mantenía la mente totalmente lúcida.

—Sorprendedme —les exigió risueñamente a Los aventureros del siglo XXI.

Esa fue la señal para que Jules desempaquetara el aparato. A primera vista, a Caroline le pareció un simple muelle enganchado a un trozo de madera; sin embargo, conocía de sobras a su primo como para saber que detrás de aquel artilugio había una gran idea.

—Necesito unos calcetines.

Jules pronunció esas palabras con la seriedad con la que un médico pediría un bisturí en el inicio de una operación a corazón abierto.

De la nada —o eso les pareció a los chicos— aparecieron varios pares de calcetines: todo el mundo quería contribuir en el invento. Caroline eligió un bonito

calcetín a rayas y se lo entregó ceremoniosamente a su primo, quien lo introdujo en un aro que se erigía junto al extraño muelle.

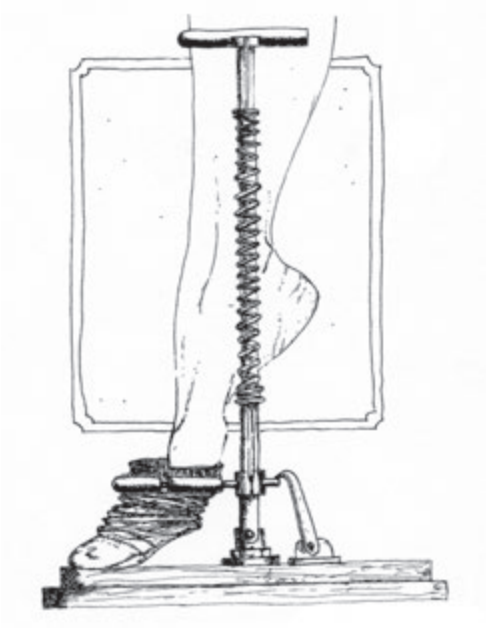
—Ahora, usted debe colocar la punta del pie dentro de este aro.

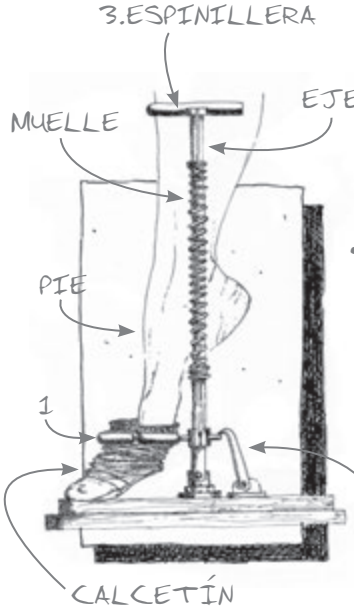
Jules iba guiando a Guillaume en los sencillos pasos que debía llevar a cabo para subirse bien los calcetines. Cuando el anciano hubo metido la punta del pie en el aro, entre los dos empujaron una palanca y, automáticamente, el aro con el calcetín dentro subió por la pierna de Guillaume, de manera sencilla, rápida y eficiente. En menos de dos segundos, el calcetín estaba perfectamente colocado.

—¡Vaya, funciona! —exclamó el hombre gratamente sorprendido.

Él mismo colocó el otro calcetín en el aparato de Jules y accionó la palanca sin ayuda del muchacho: aquel sistema era realmente fácil, y no hacía falta tener que agacharse dolorosamente como de costumbre. Guillaume pensó maravillado que habría pagado un montón de dinero por ese artilugio; sin embargo, allí estaban esos chicos generosos y desinteresados regalándoselo a los ancianos.

MÁQUINA PARA SUBIR CALCETINES





FUNCIONAMIENTO

- EMPUJAR ESPINILLERA 3 HACIA DELANTE
- GANCHO ANCLAJE 2 LIBERA EL MUELLE
- EL ARO 1 SUBE CON EL CALCETÍN

¡¡RESULTADO PERFECTO!!

Poco a poco, los demás fueron animándose a comprobar por sí mismos la eficacia del artilugio. El júbilo y la excitación al percatarse de la utilidad del invento crearon un clima de alegría poco habitual en el asilo, que rápidamente fue propagándose por los ancianos. Todos ellos, de forma caótica y desorganizada, iban pidiendo turno para probar la máquina que subía los calcetines; las monjas procuraban en vano restablecer la calma, y Caroline, Jules y Marie contemplaban la escena divertidos, mientras que Huan, un poco más apartado que los demás, se mostraba un tanto serio.

—¡Muchas gracias, chicos, de verdad! —exclamó el anciano que había probado el aparato en primer lugar.

En medio del alboroto y el revuelo de la escena, la anciana de labios carnosos se dirigió hacia Huan:

—¡Alegra esa cara, muchacho, que hoy nos habéis hecho muy felices! —y a continuación, le estampó un sonoro beso en la mejilla con una pasión exagerada, dejándole una marca de carmín en medio del rostro.

Huan se puso rojo como un tomate, muerto de vergüenza, y murmuró unas palabras inaudibles, mientras los demás se desternillaban de risa.

Otro de los ancianos, uno que tenía serios problemas

para agacharse y para el cual el invento de Jules iba a suponer una auténtica salvación, se ausentó de la sala y regresó con una pelota que dio a los niños:

—No se me ocurre otro modo de agradeceros lo que habéis hecho por nosotros hoy. Espero que con este balón os divirtáis de lo lindo.

Los aventureros del siglo XXI se lo agradecieron mucho, puesto que ninguno de ellos llevaba una pelota entre sus pertenencias y se morían de ganas de jugar.

—¿A qué esperáis? —les instaron las monjas—. Ya ha dejado de llover, ¡id a pasároslo bien, os lo merecéis!

No hizo falta que nadie lo repitiera dos veces: los cuatro amigos corrieron hacia el exterior con ganas de sol y de juegos. Aún les quedaba una larga tarde de domingo por delante, y pensaban aprovecharla al máximo. Tras la tormenta, el cielo era azul, y el aire, más puro. El sol brillaba de nuevo, reflejándose en los distintos charcos que habían quedado esparcidos por el suelo, pero estaban tan contentos que no les importaba saltar encima de ellos y salpicarse los unos a los otros. Incluso Caroline participó de la actividad: su peinado se le había deshecho ya por completo y el cabello le caía lánguidamente por la espalda, así que no tenía nada que perder.

Con mucha prisa por estrenar la pelota, se dirigieron hacia un descampado cercano al asilo, y rápidamente empezaron a pasarse el balón de mano en mano, felices y despreocupados. Sin embargo, al cabo de unos minutos se percataron de que no estaban solos en el lugar; a lo lejos, alguien los observaba. No cabía ninguna duda: era el hombre siniestro de siempre. Marie, que fue la primera en darse cuenta, les cuchicheó a los demás su descubrimiento. Poco a poco, los cuatro amigos se habían ido acostumbrando a esa presencia constante en su día a día y habían decidido que lo único que podían hacer era ignorarlo e intentar vivir sus vidas sin preocuparse en exceso de lo que pudiera ocurrirles; no podían hacer nada más. Así pues, siguieron pasándose el balón los unos a los otros como si no sucediera nada, aunque lo cierto era que a Huan, aquella situación le estaba afectando profundamente, mucho más que a sus amigos.

Decidieron dividirse entre chicos y chicas: un equipo tendría que pasarse la pelota y el otro debería arrebatársela; cuando lo consiguieran, se cambiarían las tornas. Las chicas resultaron ser mucho mejores en el deporte que sus compañeros masculinos: Caroline, al ser más alta que los demás, lo tenía más fácil para quitarles la

pelota a los contrincantes, mientras que la agilidad de Marie resultaba de gran ayuda a la hora de pasársela a su amiga o de despistar a sus rivales.

Lo que ninguno de ellos se imaginaba era lo torpe que llegaría a ser Jules con el balón. Nunca lo habían visto practicando ningún deporte y ahora sabían el motivo: su descoordinación era total, y resultaba muy gracioso verlo, colorado por el esfuerzo, intentando en vano alcanzar la pelota. Las pocas veces que lo lograba, sus lanzamientos resultaban totalmente infructuosos, ya que nunca llegaban a su compañero de equipo: la pelota siempre acababa de nuevo en el bando de las chicas. Por otro lado, cuando Huan (que no era mucho mejor deportista que su compañero de equipo) se la lanzaba por el aire, su amigo era incapaz de atraparla, llegando incluso a escurrírsele de entre los dedos.

Era imposible no echarse a reír a carcajadas viendo su empeño por conseguir el balón.

—Es un alivio saber que no eres bueno en todo, Jules —exclamó Caroline risueña.

El propio Jules se rio de sí mismo, pero esa pérdida de concentración le conllevó una descoordinación aún mayor de lo habitual, y a la hora de pasarle el balón a

Huan, perdió el equilibrio y cayó encima de su prima. Ambos rodaron por el suelo sin dejar de reírse, y Jules no pudo evitar ruborizarse por estar tan cerca de Caroline.

Marie, que se dio cuenta de la turbación de Jules, soltó una risilla divertida, pero Huan, con rabia acumulada por todos los sucesos de la semana, no se lo tomó tan bien y le lanzó la pelota de malas maneras. Mientras esta se dirigía a toda velocidad hacia él, Jules, que todavía estaba en el suelo junto a Caroline, observó como hipnotizado su recorrido: el balón atravesó un charco y cayó cerca de ellos sin salpicarlos. Le costó unos segundos salir de su ensimismamiento; cuando lo hizo, había olvidado por completo que estaban jugando a la pelota y sus ojos brillaban con inteligencia:

—¡Acabo de tener una gran idea, chicos! ¡Una incluso mejor que el invento para subir los calcetines!

No hacía falta nada más para llamar la atención de las dos chicas, que se acercaron a Jules para estar atentas a lo que tuviera que contarles. Él se aclaró la garganta, alargando así la tensión del momento, y proclamó solemnemente:

—Voy a inventar un instrumento para escribir que no manchará los cuadernos. ¡Se terminaron para siempre

los borrones de tinta, y en consecuencia, los crueles castigos de Mathieu en la sala de las reglas de madera! Si quiere castigarnos, tendrá que inventarse otro motivo.

Caroline y Marie lo miraron incrédulas. Huan, para quien el tema de los borrones de tinta se había vuelto muy espinoso, negó con la cabeza:

—Eso es imposible y lo sabes. Nada ni nadie me va a librar jamás de ese castigo.

Para acentuar el dramatismo de sus palabras, Huan le pegó una fuerte patada a la pelota, olvidando por unos instantes que la puntería tampoco era su fuerte. El balón se elevó en el aire a toda velocidad y se dirigió de manera imparable hacia el hombre que los vigilaba. La pelota impactó en su cabeza, y el sicario se desplomó en el acto.

Los cuatro amigos se miraron sin saber qué hacer, y Huan se tapó la cara con las manos horrorizado.

—He asesinado al sicario de la Orden Contra el Progreso —susurró muerto de miedo—. ¡En cuanto Mathieu y sus secuaces se enteren, acabarán conmigo como venganza!

Un silencio espeso se adueñó de aquella tarde primaveral cuando los demás comprendieron que, probablemente, Huan tenía razón.